

La calle para el jueves 20 de enero de 2011
Diario de un espectador
Prieto en Monterrey
Miguel ángel granados chapa

Terminamos hoy la lectura de algunos pasajes del libro *Las aventuras de un violonchelo. Historia y memorias* que, como lo indica la segunda parte del subtítulo, contiene trazos de la autobiografía del autor, don Carlos Prieto, elegido hace exactamente una semana individuo de número de la Academia mexicana de la lengua. Nuestra última selección de textos se refiere a la relación especial que el célebre violonchelista mantiene con la capital de Nuevo León, que no es su patria pero como si lo fuera. Estas líneas tienen sentido, por contraste y como señal de esperanza, dada la actual situación de esa ciudad y su región metropolitana, asoladas por la violencia criminal:

“He estado ligado a Monterrey toda mi vida. Primero por la relación de mi familia, mi tío abuelo Adolfo Prieto y sobre todo mi padre Carlos Prieto con la Fundidora Monterrey. Yo mismo viví bastantes años en Monterrey cuando trabajaba como ingeniero en la planta siderúrgica de la Fundidora y luego como subdirector y director hasta que en 1977, tras una transición de tres años, renuncié a la dirección de la Fundidora Monterrey y a todas mis actividades empresariales para dedicarme en cuerpo y alma a la música. A Monterrey llegué recién casado con María Isabel y allí pasaron sus primeros años nuestros hijos. Fui consejero de diversas empresas regiomontanas, de agrupaciones empresariales y de instituciones de educación superior. Mi vida en la apasionante industria del acero no es un tema para ser tratado en este libre y sólo diré que desde siempre me ha impresionado la laboriosidad de los regiomontanos y su ejemplar e indómito espíritu empresarial, que quedé enamorado de Monterrey, y que me siento regiomontano de corazón.

He regresado con frecuencia a dar conciertos a Monterrey. Mis actividades allí se han visto acompañadas de emociones encontradas. La Fundidora Monterrey cerró sus operaciones en 1986, tras 83 años de proveer a México de buena parte del acero que requirió en su desarrollo. Me enteré de la clausura de la Fundidora estando de gira en Europa y la noticia me impresionó como si se hubiera tratado del fallecimiento de un cercanísimo miembro de la familia, desaparición que, además, afectaba a muchos empleados, obreros y sus familias, con quienes había yo convivido durante años. Hasta la fecha actual, no puedo pasar cerca de los monumentales hornos altos. Hoy apagados y antes símbolo de Monterrey, sin sentir un estremecimiento.

Sería demasiado largo referir aquí a todos los conciertos y recitales que he dado en Monterrey”, dice el autor que a cambio cita uno:

“En octubre de 1996 di un concierto del que guardo grata memoria, tanto por el programa como por la meta perseguida. La Fundación tarahumara José A Llaguno —por medio de mi amigo Juan Llaguno— me invitó a tocar, por vez primera en Monterrey, las seis suites de Bach en un solo recital. Escogieron para (eso) el auditorio san Pedro, cuyo aforo es de mil asientos. Yo tenía ciertas reservas de tocar un programa tan arduo para el público en un auditorio tan grande, pero se agotaron las localidades. Creo que se agotaron por varias razones: la creciente afición por la música clásica, la excelente labor de promoción llevada a cabo por la fundación; el hecho de que por primera vez se tocaran en un solo concierto las suites completas y, finalmente, la presentación como amenísimo presentador del escritor Germán Dehesa”